

EL CANTO DEL CISNE

Terlengiz

*“Dicen, que el cisne cuando muere canta;
y hoy tanto de mortal mi dolor tiene
que acaso es del cisne mi garganta.*

Antonio Trueba.

Esta mañana he estado en mi ambulatorio, mi médica de familia me ha dado la baja para que descanse un poco, y me ha formulado una pregunta por quinta o sexta vez.

Hoy no he querido dejar la pregunta en el aire como otras veces, y le he intentado contestar sin enrollarme demasiado.

La pregunta es muy concreta; ¿por qué no estás deprimido?, Bueno dicho así parece que mi médica es un poco bruta, pero encuadrado en su contexto la cosa cambia bastante.

El contexto sumariamente descrito es el que sigue; Desde hace cuatro años padezco una enfermedad bastante rara, que cursa con fuertes dolores en pecho y con continuos vómitos, a veces el dolor es tan intenso que cuesta respirar, con lo que los mareos son constantes, el más mínimo esfuerzo cuesta un trabajo ímprobo, incluso hablar aumenta el dolor de tal manera que cuesta decir dos palabras seguidas.

No existe un tratamiento eficaz, he probado todo tipo de medicamentos, incluido los experimentales, al final han optado por intentar una complicada intervención quirúrgica que ya se verá si funciona o no. Una intervención difícil que conlleva un riesgo muy alto que no se puede obviar, pero que se ofrece como el último cartucho en esta batalla.

En este contexto, pues hay que encuadrar la pregunta; ¿por que no estás deprimido?

Hoy le he mirado a los ojos, y le he respondido, como digo es la quinta o sexta vez que me hace la misma pregunta y hasta hoy siempre he respondido con el silencio y una sonrisa, hoy no, hoy le he mirado a los ojos y le he dicho por qué no estoy angustiado o deprimido.

El dolor no puede derrotarme, por mucho que duela, por mas que me duela hasta el aliento, como dijo el poeta, no puedo deprimirme porque estoy cimentado en roca Viva, así con mayúsculas, brota en mi una fuente de gozo que lo inunda todo y por eso no puedo estar triste ni cinco segundos.

Me sostiene la certeza de saberme amado de un modo increíble, me sostiene la seguridad absoluta de que el Señor me tiene en sus manos firmemente sujeto.

Cuando me da un latigazo y el dolor me dobla como junco, siento su abrazo que me acoge y sostiene, que impide que me rompa y caiga.

No se si ha entendido ni media palabra, supongo que en este caso mas vale una imagen que mil palabras y el hecho de que mi actitud ante la enfermedad le suscite estas preguntas ya dice mucho al respecto.

Yo he seguido pensando en el tema, de hecho llevo meses dándole vueltas al tema en mi corazón.

En el trabajo pastoral en la Parroquia, me ha tocado acompañar muchas veces a los enfermos y moribundos, siempre me ha herido el corazón encontrarme con personas que a pesar de no salir de la Iglesia, de no perderse una novena o rosario o misa, de confesarse y comulgar con frecuencia, de rezar a todos los santos de la corte celestial, reales o legendarios, llega el momento de encarar la recta final y les vence la angustia y el miedo, les aterra lo que puedan encontrarse al otro lado, les aterra no estar a la altura, les aterra que en la cuenta falte una genuflexión...

Como digo me ha herido siempre esta actitud, por dos razones sobre todo, primero por el sufrimiento inútil que añade a la enfermedad y segundo por la desconfianza en Dios, mas que desconfianza me atrevo a decir que ignorancia, no han salido de la Iglesia y no conocen a Dios. Toda la vida quemando cera y desgastando las rodillas sacando brillo a los reclinatorios y no saben nada de Dios y lo que creen saber es falso.

Qué triste final para una vida espiritual triste y mezquina, mezquina si, no por culpa suya, al fin y al cabo es la educación que recibieron, de niños les enseñaron esas tonterías como la de hacer méritos para ganarse una plaza en el cielo, les enseñaron un Rostro de Dios, airado y presto a descargar su justiciero brazo sobre el desdichado pecador en cualquier momento, les enseñaron a vivir en el miedo y la amenaza y mueren atormentados por la culpa, el miedo y la amenaza.

Yo con apenas doce años, desterré a Dios de mi vida, entre que pasé mi infancia con un abuelo anarquista y los pocos años que pasé por un colegio religioso lograron desterrar a Dios de mi corazón, al menos de modo consciente.

También tuvo mucho que ver una larga enfermedad que estaba acabando conmigo, y que me tenía largas temporadas postrado en la cama.

Sin embargo aunque yo no contaba con Dios, El no se había olvidado de mí, y en una jugada maestra, como sólo El sabe hacerlo, me llevó a la Renovación Carismática, no puedo explicar que sucedió entonces en mí, no tengo palabras, puedo decir que entré en un proceso que no alcanzo a entender todavía hoy treinta años después, pero si que puedo decir muy alto, que el Señor empezó a trabajarme a fondo, hasta ese bendito día me había dejado en paz, me había permitido ir a mi aire, pero se acabó la fiesta, me quitó las riendas y empezó a tomar el mando.

No necesité pedirle nada, El, me sanó sin merecerlo y sin pedirlo, un día como otro cualquiera descubrí que estaba curado, llevaba dieciséis años arrastrando una enfermedad y de repente no había ni rastro de ella.

He tenido unos años de tregua, que ahora bruscamente han terminado, ahora la enfermedad se ha presentado de una forma mucho mas brutal, en este caso no va a matarme, al menos no en principio, pero va hacerme la vida imposible.

Esta es insidiosa, te roba el descanso, no te deja dormir, no permite que comas a gusto, te impide respirar....

Algunos piensan hay que orar para que el Señor te sane, bien, yo se que el Señor sana, vaya que si lo se, hace treinta años que tenía que estar criando malvas y aquí estoy dando guerra, como para no saberlo.

Sin embargo yo no pido oración para sanar mi dolencia, pido oración para saber en todo momento aceptar su Voluntad en mi, no es que no me gustaría que me sanara, que por supuesto estaría encantado, no estoy deprimido pero tampoco soy imbécil. Claro que me encantaría ser sanado y que desapareciera para siempre el dolor.

Pero se, algo he aprendido en estos años, se, que el Señor sabe muy bien lo que tiene que darme en cada momento y acepto que sea El, quien dirija la historia, yo cuando recibí el Bautismo en el Espíritu, me rendí ante El y le dije; tu eres mi Señor, condúceme, no he cambiado de parecer, sigo rendido a sus pies, sigo dejándome llevar por El.

Y como soy bastante borrico, el Señor me ha llevado a la escuela de la Cruz, y me está haciendo repetir curso hasta que apruebe.

No tengo palabras en mi vocabulario para agradecerle al Señor la paciencia que tiene conmigo, yo que he tenido que sufrir maestros en el colegio que se ponían histéricos y te mandaban al hospital de una paliza, se apreciar lo que es tener un maestro paciente, que aguanta lo inaguantable, que te deja patalear y berrear y cuando te has agotado berreando, sonrío te revuelve el pelo, te toma de la mano y te lleva suavemente por su camino, y vuelve a explicarte la misma lección que no has terminado de aprender.

Y por eso ahora, aunque suene muy franciscano, puedo mirar a la enfermedad y dar gracias al Señor por la hermana enfermedad, que tantas cosas me está enseñando.

Dejadme que comparta con quienes leéis estas líneas algunas de estas para mi preciosas lecciones.

La primera lección que me ha enseñado, es la fragilidad del ser humano, me ha hecho consciente de cuan furtiva es nuestra existencia, hoy somos, mañana no queda ni el recuerdo, apenas un poco de polvo en mitad de la tierra.

Vivimos como si no fuéramos a morirnos nunca, atareados en mil historias que se nos antojan importantísimas y que no valen nada y nos olvidamos como Marta que una sola cosa es importante.

Pero llega la hermana enfermedad, de puntillas, sigilosamente se cuela en nuestra vida, sin avisar, sin llamar a la puerta, se instala y te rompe tus planes, y de repente te encuentras, que todo eso que era tan importante, ya no vale nada.

De bruces te das con la evidencia que no eres tan fuerte como creías, te encuentras con una situación que no controlas, que no puedes manejar y vencer sin ayuda.

Y esta es la segunda lección; la enfermedad te hace dependiente, necesitas ayuda de los demás, tienes que confiar en el personal médico, confiar en gente que habla un lenguaje incomprensible para ti y dar fe de que realmente saben de lo que hablan y lo que hacen. Y si la enfermedad se va complicando, te obliga a depender de los cuidados de los demás, y realmente esa es la parte mas dura de la lección, cuando tienes que aprender a dejar que te cuiden, cuando tienes que volver a ser un niño al que hay que cambiar los pañales.

La tercera lección es descubrir la pobreza de la naturaleza humana, la pobreza de nuestra frágil carne y sobre todo descubrir en esa carne trémula y maliciosa el rostro de

Cristo crucificado, sí, Cristo crucificado en mi cruz, en mi enfermedad, Cristo llagado en mis llagas, dolorido en mis dolores, muriendo en mi muerte.

Y Cristo venciendo en mi cruz, Cristo resucitando en mi muerte, la gran lección de que el dolor no es inútil, que ninguna lágrima se vierte en vano, de que incluso postrado en el lecho, sin poder moverme, sin fuerzas, estoy venciendo a la muerte porque Cristo está ahí, dándome su Vida y su Victoria.

Esta es la cuarta lección; somos eternos, polvo de estrellas, aunque este cuerpo que tanto nos importa, es frágil y caduco, nace destinado a morir, lo que realmente nos hace humanos, lo que realmente nos hace ser dignos de ser amados, ese hálito vital que llamamos alma, es eterno de Dios viene y a Dios retorna, que existe desde siempre y para siempre, un día nuestro camino termina, mas no termina nuestra vida, en realidad comienza la Vida con mayúsculas, termina el ensayo general y comienza la función.

Y la quinta lección, es que la hermana enfermedad, nos enseña a descubrir el sentido de la vida, a descubrir que la vida tiene sentido también cuando estás postrado en el lecho, golpeado por el dolor.

Te enseña a orar, y no me refiero a la oración de petición, no es esta mi experiencia y no es que menosprecie ese tipo de oración, sino que como digo, no es esta mi experiencia.

A mi la enfermedad no me ha enseñado a pedir, me ha enseñado a alabar, a dar gracias, la enfermedad me ha enseñado sobre todo a ser agradecido.

El hombre necesita el don de Dios para poder arrancarse de su propio yo.

Necesita que el Señor le ponga en actitud de criatura. Sólo así la acción de gracias le brotará de la misma fuente de su vida y su vida será una acción de gracias. Es necesario, en una palabra que Dios despoje al hombre de todo lo suyo. Entonces vivirá la acción de gracias y la alabanza en plena libertad"

Vicente Borragán, Vivir en Alabanza.

La enfermedad, nos despoja de todo, nos arranca de nuestro yo, y así nos abre al torrente de la Gracia y la alabanza.

La enfermedad te enseña a morir a ti mismo, a tomar tu cruz y a seguir al Señor, donde quiera que te lleve.

La enfermedad te descentra de ti mismo y te coloca en manos de Otro, material y espiritualmente.

Por eso aunque mi médica no lo acabe de entender, yo por mal que lo esté pasando, no me deprimó, naturalmente, como no, me gustaría no tener que pasar por la Cruz, no tener que apurar el amargo cáliz hasta el fondo.

Pero que no se haga lo que yo quiera, sino lo que el Señor ha preparado para mi, y ojo con esto, que no estoy diciendo, porque no creo que sea así, que el Señor nos envía la

enfermedad o el dolor, no Dios no quiere que suframos, no quiere que el dolor sea nuestro compañero de camino.

Pero el hecho cierto es que lo es, que llega sin ser llamado, que se instala sin pedir permiso ni opinión.

Y cuando se instala, el Señor nos regala la oportunidad de hacer el milagro, y no hablo del milagro de levantarse de la silla de ruedas y ponerse a dar saltos, no, hablo del milagro de verdad el que no se ve con los ojos de la cara, sino del corazón.

Del milagro de una sonrisa cuando te sientes morir, muchas veces me dicen que tengo buena cara y es verdad, la cara no me duele y además es espejo del alma, y lo que está enfermo es mi cuerpo no mi alma.

Me refiero al milagro de estar lleno de gozo que brota como un torrente incontenible, y si no me pongo a bailar es porque mi cuerpo no está para esos trotes, no por falta de ganas y motivos.

Hablo del milagro de no poder dormir ni dos horas en una semana ni siquiera con ayuda de somníferos y estar lleno alegría y gozo.

Hablo del milagro de sentir en lo mas hondo de mi alma el calor de un Amor que es mas fuerte que la muerte, el sentir en lo mas profundo de mi ser la paz inmensa de estar cimentado en la roca viva, inamovible, la certeza absoluta de saber que el Señor me ha tomado en su brazos y no va a soltarme nunca.

*“¡Ojalá se escribieran mis palabras!
¡ Ojalá se grabaran en bronce!
¡Ojalá con punzón de hierro y plomo
se esculpieran para siempre en roca!
Pues yo se que mi defensor está vivo,
y que Él, al final, se alzaré sobre el polvo;
y después que mi piel se haya consumido,
con mi propia carne veré a Dios.
Yo mismo lo veré,
Lo contemplarán mis ojos, no los de un extraño;
Y en mi interior suspirarán mis entrañas”.*

Job 19,23-27a

Yo se que mi defensor está vivo, por eso no puedo deprimirme, por grande que sea el dolor, mucho mas grande es el amor que me conforta.

No tengo ni idea como saldrá la operación, ni voy a ejercer de profeta, que ni tengo ganas ni competencia para hacerlo.

Pero si que puedo decir con toda la paz del mundo, con todo el gozo del mundo, que el Señor hará lo que tenga a bien hacer y sea lo que sea estará muy bien hecho.

Cuando tuve la entrevista con el anestesista, explicándome los riesgos que conlleva una intervención de este tipo, me dice con toda la delicadeza que fue capaz, no hay que ponerse en lo peor, pero claro las cosas pueden salir mal y eso hay que tenerlo presente.

Le miré a los ojos, y le contesté con toda la dulzura que fui capaz, no hablamos el mismo lenguaje, no te esfuerces, lo que para ti es salir mal las cosas, para mi es exactamente lo contrario, morir es sólo morir, cruzar una puerta a la deriva y encontrar lo que tanto se buscaba, no, eso no es salir mal, definitivamente no lo es.

Quizás cuando estas líneas se publiquen ya esté hospitalizado, a cuantos me leéis os pido que os unáis a mi canto de alabanza, no , no es del cisne mi garganta, no es un canto de muerte, sino de vida, yo se que mi defensor vive, y me llama a la vida.

Os ruego os unáis a un himno de alabanza, por que el Señor es bueno y misericordioso, como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus criaturas.

Gloria al Señor.

**Y entonces vio la luz. La luz que entraba
por todas las ventanas de su vida.
Vio que el dolor precipitó la huida
y entendió que la muerte ya no estaba.
Morir sólo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.
Acabar de llorar y hacer preguntas;
ver el Amor sin enigmas ni espejos;
descansar de vivir en la ternura;
tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la Noche-luz tras tanta noche oscura.**

**José Luis Marín Descalzo
Testamento del pájaro solitario.**

